

Nicea desde una perspectiva misionológica: ¿un obstáculo para una teología renovada de la misión?

Nicaea from a missional perspective: an obstacle to a renewed theology of mission?

María José Caram¹

Resumen

Este artículo analiza el Concilio de Nicea desde una perspectiva misionológica, evaluando si su legado constituye un obstáculo o un estímulo para la renovación de la misión cristiana en el contexto actual. Partiendo del Jubileo 2025 y de las orientaciones del papa Francisco, se pregunta cómo el símbolo niceno puede inspirar a todas las iglesias cristianas a caminar hacia una misión dialogal, sinodal y descolonizadora. El estudio se estructura en tres partes: primero, se presenta el contexto histórico y doctrinal de Nicea; luego, se examina el desarrollo de la misión desde la cristiandad constantiniana hasta hoy; finalmente, se evalúa la vigencia del símbolo niceno para la misión contemporánea, destacando tanto sus luces como sus posibles sombras. Se concluye que, lejos de ser un peso del pasado, el *Símbolo de Nicea* sigue ofreciendo un horizonte abierto para la unidad y la misión, siempre que sea reinterpretado a la luz de los desafíos actuales.

Palabras-clave

Teología de la misión. Concilio de Nicea. Giro constantiniano. Iglesia en salida. Unidad de la Iglesia.

Abstract

This article analyzes the Council of Nicaea from a missiological perspective, evaluating whether its legacy constitutes an obstacle or a stimulus for the renewal of the Christian mission in today's context. Starting from the Jubilee of 2025 and the guidelines of pope Francis, it asks how the nicene creed can inspire all Christian churches to move towards a dialogical, synodal, and decolonial mission. The study is structured in three parts: first, it presents the historical and doctrinal context of Nicaea; second, it examines the development of mission from Constantinian Christianity to the present day; and finally, it evaluates the relevance of the *Nicene Creed* for contemporary mission, highlighting both its strengths and its possible limitations. It concludes that, far from being a burden of the past, the *Nicene Creed* continues to offer an open horizon for unity and mission, provided that it is reinterpreted in light of today's challenges.

Keywords

Mission theology. Council of Nicaea. Constantinian shift. Church going forth. Unity of the Church.

INTRODUCCIÓN

La articulación entre fe y poder que caracterizó a Nicea, enmarcada en el llamado “giro constantiniano”, configuró durante siglos un modelo de Iglesia estrechamente vinculada al Estado y al orden imperial (Hünermann, 2014, p. 74). Este modelo dejó una profunda huella en

¹ Doutora em Teologia pela Facultad de Teología San Vicente Ferrer. Mestre em Teología pela Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. Bacharel em Teología pela Universidad Católica Argentina. Professora da Faculdade de Teología da Universidad Católica de Córdoba. Contato: maria.caram@ucc.edu.ar.

Nicea desde una perspectiva misionológica

la misión y en las formas de organización eclesial, proyectando una influencia que perdura hasta hoy y que exige ser revisada a la luz de los desafíos contemporáneos.

La conmemoración de los 1700 años del Concilio de Nicea (325), en el contexto del Jubileo 2025, ofrece una ocasión privilegiada para volver a reflexionar sobre el lugar que ocupan los concilios ecuménicos en la vida y la misión de las iglesias cristianas. Como destacan Alberigo (1993, p. 14) y López (2023, p. 20-21), aunque celebrado en un contexto sociopolítico y religioso muy distinto al actual, este concilio fue el primero en recibir, ya desde la antigüedad, la calificación de “ecuménico”, es decir, universal en su representatividad y autoridad doctrinal.²

El escenario global actual es radicalmente diferente. La descomposición de la cristiandad occidental, el avance de la secularización, la crisis ecológica y social, la emergencia de movimientos por la justicia y la dignidad de los pueblos, junto con el debilitamiento de los antiguos centros de poder, configuran un tiempo de profunda transformación. La humanidad vive un cambio de época que interpela también a la Iglesia a revisar sus lenguajes, sus estructuras y sus formas de presencia en el mundo. En este horizonte, el pontificado de Francisco ha impulsado una reforma orientada hacia una “Iglesia en salida”, sinodal, samaritana y comprometida con las periferias del mundo de hoy.³

Dicha vocación misionera no es una novedad absoluta. Desde sus orígenes, los cristianos compartieron su fe en hogares, mercados y redes de relación social. Las mujeres desempeñaron un papel significativo en la misión debido al lugar destacado que ocupaban en las primeras comunidades cristianas. La misión de aquellos siglos se caracterizaba por una gran diversidad teológica y ministerial, y encontraba en el martirio un testimonio radical que fortalecía la expansión del Evangelio. Progresivamente, la institucionalización eclesial fortaleció las comunidades y el papel del obispo, lo que trajo nuevos desafíos y la necesidad de adaptar el mensaje cristiano a diversos contextos culturales. Se incorporaron expresiones como “semillas del Verbo” y “preparación evangélica”, mientras que la misión, al insertarse en el

² En este contexto, el término “ecuménico” se emplea en su sentido histórico-teológico clásico, propio de la Antigüedad cristiana, para designar aquellos concilios convocados por la autoridad imperial y presididos por obispos legítimos, cuyas decisiones doctrinales eran reconocidas como vinculantes por la mayoría de las iglesias. Tal es el caso del Concilio de Nicea (325), considerado el primero de los concilios “ecuménicos” por haber congregado una representatividad significativa del *oikouménē* cristiano, sin implicar interlocución con otras religiones. Esta concepción difiere tanto del uso contemporáneo del término, frecuentemente asociado al diálogo interconfesional, como de la noción de *macroecumenismo*, desarrollada por autores como Casaldáliga y Vigil (1992, p. 218-226), quienes proponen un horizonte más amplio e inclusivo, que abarca el encuentro entre todas las espiritualidades y búsquedas humanas de sentido. En el presente párrafo, sin embargo, se conserva el sentido clásico, circunscrito al ámbito intraeclesial del cristianismo.

³ Estas características han sido manifestadas por el papa Francisco en diversos momentos de su magisterio. Sin ánimo de exhaustividad, pueden mencionarse algunos textos particularmente significativos: *Evangelii gaudium* (20-24), en relación con una Iglesia en salida; el discurso pronunciado con motivo del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos (2015), sobre la sinodalidad; el discurso a los miembros del Consejo de Administración de la Fundación Populorum progressio (16 de septiembre de 2022), donde aborda la dimensión samaritana de la Iglesia; y el mensaje a las Obras Misionales Pontificias (21 de mayo de 2020), que insiste en la urgencia de salir hacia las periferias.

mundo grecorromano, tuvo que traducir su mensaje y sus costumbres al lenguaje cultural de la época, enfrentando también tensiones como el sincretismo y las herejías.

Dado que el papa Francisco puso de relieve la importancia ecuménica de este aniversario, resulta pertinente reflexionar sobre las motivaciones de esta conmemoración y sobre cómo puede animar a las iglesias cristianas a caminar juntas hacia una misión en clave de comunión, testimonio y diálogo, capaz de responder a los desafíos de un mundo fragmentado y herido, y de sostener el camino hacia una Iglesia cada vez más fiel al Evangelio de Jesús en la historia.

Desde este trasfondo histórico y pastoral, la pregunta central que guía este artículo es si el Concilio de Nicea constituye hoy un obstáculo o un impulso para una teología de la misión renovada. La hipótesis que se propone sostiene que, lejos de ser un lastre del pasado, el símbolo niceno puede ofrecer un fundamento vivo para la unidad y la misión de las iglesias cristianas, siempre que sea actualizado en diálogo con los desafíos del presente.

Desde el punto de vista metodológico, el estudio se apoya en la revisión crítica de fuentes históricas, conciliares y magisteriales, complementada por aportes teológicos actuales sobre la misión, la unidad eclesial y el contexto poscolonial. Esta metodología cualitativa permite examinar cómo el legado del Concilio de Nicea ha sido recibido, interpretado y resignificado a lo largo del tiempo, y en qué medida puede iluminar los desafíos actuales de la misión cristiana.

Se proponen tres momentos en la exposición. En primer lugar, se presenta el contexto histórico y doctrinal del Concilio de Nicea; luego, se analiza el desarrollo de la misión cristiana desde el giro constantiniano hasta el presente; y, finalmente, se evalúa la vigencia del símbolo niceno para una teología renovada de la misión, en diálogo con los desafíos actuales y las orientaciones del papa Francisco y los desafíos contemporáneos.

En el proceso de elaboración de este artículo, se ha utilizado de manera auxiliar y controlada la herramienta de inteligencia artificial *ChatGPT*, modelo GPT-4, desarrollada por OpenAI. Su empleo se limitó a funciones técnicas de apoyo, como la corrección gramatical, ortográfica y de estilo, así como a la verificación lógica de algunos apartados y la consulta preliminar sobre fuentes. Las interpretaciones teológicas y las conclusiones del estudio son íntegramente responsabilidad de la autora.

1 DEL CONCILIO DE NICEA AL JUBILEO 2025

La conmemoración de los 1700 años del Concilio de Nicea, en el marco del Jubileo 2025, ofrece una ocasión privilegiada para repensar críticamente la relevancia de dicho concilio en la configuración histórica de la Iglesia y en su misión actual. Para ello, es necesario considerar tanto el contexto eclesial e imperial que dio origen al evento como los desarrollos teológicos y pastorales que, a lo largo de los siglos, se han nutrido de su legado. Este recorrido comienza con una reflexión sobre la cristiandad constantiniana como paradigma de relación

Nicea desde una perspectiva misionológica

entre Iglesia y poder, y culmina con un análisis actualizado del Concilio de Nicea, sus definiciones doctrinales y su recepción a lo largo del tiempo. Ambos momentos son claves para una relectura misionológica fiel al Evangelio y abierta a los desafíos del siglo XXI.

1.1 De la cristiandad constantiniana al Vaticano II

La llamada era constantiniana no debe entenderse como una simple referencia a la figura o las acciones puntuales de Constantino en el siglo IV, sino como un complejo proceso que configuró la mentalidad, las instituciones y las prácticas de la Iglesia a lo largo de los siglos. Más que un período histórico cerrado, esta era dejó una huella profunda en la civilización occidental que alcanzó incluso las prácticas, las relaciones y las estructuras que configuran la vida eclesial del siglo XX. Si bien autores como Chenu (1966, p. 14) han puesto de relieve la prolongada influencia del modelo surgido en Nicea, este artículo propone profundizar críticamente en sus impactos actuales, con especial atención a las tensiones entre Iglesia, poder y misión que todavía persisten en la praxis eclesial contemporánea.

Siguiendo a Chenu (1966, p. 16-24), caracterizamos este extenso período histórico por varios elementos clave: la alianza entre los poderes espiritual y temporal, junto con la primacía de la razón sobre otras formas y valores de la vida espiritual. Además, aunque la adopción del latín como lengua de la Iglesia fue significativa, resultó limitante para la expresión del simbolismo religioso, esencial para abordar el misterio. En cuanto a la concepción antropológica, base del “humanismo cristiano”, se organiza en tres pilares fundamentales: la naturaleza humana universal, la noción de “persona” y el dualismo entre materia y espíritu. Por último, se presenta un sistema económico-social que fusiona la economía, la sociología y la política cristiana, todo ello enmarcado en una filosofía también definida como cristiana. Sin embargo, como toda configuración histórica, también esta fue mostrando sus límites y tensiones. La solidez de ese modelo, que parecía inamovible durante siglos, comenzó a resquebrajarse en el contexto de los profundos cambios culturales, sociales y eclesiales del siglo XX. Será precisamente el Concilio Vaticano II el que, reconociendo tanto la riqueza como las insuficiencias de esa herencia, se atreverá a abrir una nueva etapa en la vida de la Iglesia.

Según Peter Hünermann (2014, p. 71-74), el Concilio Vaticano II marcó el inicio del fin de una era para la Iglesia. Se distinguió por la magnitud de sus documentos, la diversidad de los temas abordados y su enfoque hacia toda la humanidad. El programa del concilio, centrado en ideas como el “*aggiornamento*”, el “nuevo Pentecostés”, la “redefinición de la fe” y su carácter “pastoral”, impulsó una renovación anclada en las Escrituras y en la Tradición. Este proceso generó cuatro rupturas significativas: el fin de 1500 años de una Iglesia de estado (*Dignitatis humanae*), la reconciliación entre las iglesias de Oriente y Occidente (*Orientalium ecclesiarum, Unitatis redintegratio*), la superación de medio milenio de división en la Iglesia occidental (*Unitatis redintegratio*), y el cierre de un siglo de tensiones ante la modernidad (*Gaudium et spes*).

A la luz de este recorrido, considero que resulta imprescindible distinguir entre la cristiandad – producto histórico de la era constantiniana – y la Iglesia en cuanto tal. Si bien esta distinción es compleja en el plano doctrinal e institucional, me parece fundamental reconocerla para la misión actual de la Iglesia, que debe situarse más allá de las coordenadas del Occidente cristianizado por Constantino y abrirse al mundo plural de nuestro tiempo. Como lo sugiere Chenu (1966, p. 24-25), el Evangelio y la existencia misma de la Iglesia están llamados a encarnarse siempre en nuevas culturas e historias, sin quedar atrapados en las formas y estructuras de una cristiandad que, si bien marcó un largo período de su historia, no puede absolutizarse como su única expresión posible. La cristiandad, en efecto, es una organización temporal que abarca las acciones de los cristianos en la transformación de la vida humana, tanto individual como colectivamente, basándose en la gracia. Sin embargo, solo la Palabra de Dios es absoluta, y se encarna y adapta a diversas culturas y contextos (Chenu, 1966, p. 25), ya que no existe un Evangelio puro fuera de este mundo ni de las coordenadas espacio-temporales, ni de la vida humana.

Por lo tanto, pueden existir otras formas de cristiandad que no se ajusten al modelo constantiniano. Es importante diferenciar entre los contextos históricos en los que se encarna el Evangelio y los principios invariables que aseguran la continuidad de la misión evangelizadora. Como señalan Bevans y Schroeder (2009, p. 199), “la inculturación exige [...] saber distinguir en cada contexto concreto *tanto* la continuidad *como* la discontinuidad entre evangelio y cultura/sociedad”, dado que la expresión de la fe no está vinculada a una cultura específica cuyos parámetros sirvan para juzgar la legitimidad de quienes no pertenecen a ella. Esto es, precisamente, lo que intentaremos hacer a continuación en relación con el Concilio de Nicea.

Para comprender la importancia del Concilio de Nicea en la misionología contemporánea, es fundamental situarlo en su contexto histórico y analizar las motivaciones que llevaron a su convocatoria. Además, es importante revisar las definiciones dogmáticas y disciplinarias que se determinaron, su efecto en la expansión del cristianismo y las diversas interpretaciones que ha generado a lo largo del tiempo.

1.2 El Concilio de Nicea: contexto, definiciones y valoraciones

Para analizar el alcance teológico y misionológico del Concilio de Nicea, es necesario considerar tanto su contexto histórico como las decisiones doctrinales adoptadas y su legado en la tradición cristiana. Esta sección se articula en torno a tres ejes: primero, se aborda la figura de Constantino y las consecuencias de su conversión para las relaciones entre Iglesia y Estado; en segundo lugar, se examina la recepción de Nicea a través de la noción de tradición, profundizando en la controversia arriana y en la formulación del símbolo niceno como expresión dinámica de la fe trinitaria; finalmente, se presenta la cuestión de la unificación de la fecha de la Pascua, cuya resolución en el concilio tuvo implicancias tanto litúrgicas como eclesiológicas.

1.2.1 La conversión de Constantino y sus consecuencias

Aunque Constantino se bautizó tardíamente y algunos dudan de la sinceridad de su conversión, esta marcó un hito de enorme importancia en la historia del cristianismo.⁴ A partir de entonces, se produjo un cambio radical en las relaciones entre el Estado y la religión cristiana. Hasta ese momento los seguidores de Cristo habían sido apenas tolerados y, en muchos casos, cruelmente perseguidos, como ocurrió durante el régimen de Diocleciano entre los años 303 y 311. Sin embargo, Constantino favoreció a la nueva fe promulgando leyes y promoviendo la construcción de basílicas, lo que fortaleció notablemente la relación entre la Iglesia y el poder imperial.

Los cristianos, que llevaban una vida marginal en la sociedad pagana, pasaron a formar parte de la religión oficial del imperio. En ese contexto, el emperador convocó el Concilio de Nicea, en medio de intensas disputas internas en el cristianismo, especialmente en el oriente del Imperio Romano. La violencia de estos conflictos, como el enfrentamiento entre Alejandro, patriarca de Alejandría y Arrio, no solo amenazaba la estabilidad de la Iglesia, sino también la del imperio. El conflicto, que inicialmente fue local, surgió cuando algunos fieles se alarmaron por la enseñanza de Arrio, quien sostenía que el Hijo de Dios había sido “creado en el tiempo” (Sesboüé; Wolinski, 1995, p. 189).

La reconstrucción histórica del Concilio de Nicea es difícil debido a la falta de actas conciliares y a la controversia en los testimonios (Perrone, 1993, p. 27). Los relatos provienen principalmente de historiadores eclesiásticos como Eusebio de Cesarea, quien resaltó su importancia teológica (López, 2023, p. 20). Inaugurado el 25 de mayo del 325 con un discurso de Constantino, su duración fue de casi dos meses, y probablemente estuvo presidido por Osio de Córdoba, representante del emperador (Álvarez Gómez, 2001, p. 241). No se conoce el desarrollo exacto de las sesiones, pero parece que los partidarios de Arrio intentaron introducir su teología, generando una fuerte oposición. Finalmente, el concilio rechazó sus postulados y estableció el *Credo niceno* como resultado principal.

Más allá de las limitaciones historiográficas y de las disputas doctrinales que dieron origen al *Credo niceno*, lo que perdura como herencia viva del concilio es su símbolo de fe, formulado no solo como respuesta a una controversia puntual, sino como expresión de la identidad trinitaria de la Iglesia. Este símbolo ha acompañado a las generaciones cristianas a lo largo de los siglos, desafiando a cada época a discernir si lo recibe como una fórmula estática del pasado o como un fuego que sigue encendiendo la misión en el presente. En esta clave, y en diálogo con el magisterio del papa Francisco, es posible abordar el valor de Nicea más allá de sus condicionamientos históricos, como un punto de partida siempre abierto a la actualización y a la fidelidad creativa.

⁴ Constantino es venerado como santo en la Iglesia ortodoxa por su papel en la legalización del cristianismo y la convocatoria del Concilio de Nicea, mientras que la Iglesia católica valora su contribución histórica sin canonizarlo (Álvarez Gómez, 2001, p. 229).

1.2.2 Nicea y la tradición: custodiar el fuego, no las cenizas

El papa Francisco, en 2019, inspirándose en una reflexión del compositor y director de orquesta Gustav Mahler, afirmaba que “la tradición es la salvaguarda del futuro y no la custodia de las cenizas” (Francisco, 2019). En efecto, aunque las cenizas protegen el fuego durante la noche, permitiendo que se reavive al amanecer, lo esencial no son las cenizas que lo resguardan, sino el fuego en sí mismo, fuente de vida, calor y renovación.

En este horizonte, el *Símbolo de Nicea* se presenta como expresión de la revelación salvífica de Dios y como señal del camino que la humanidad está llamada a recorrer hacia su plena consumación. En efecto, como señala Vicente de Lerins, el dogma, lejos de ser una fórmula rígida o cerrada, permanece “intacto e inalterado”, pero al mismo tiempo “se consolida con los años, se desarrolla con el tiempo, se profundiza con la edad” (Francisco, 2019). De este modo, el *Símbolo de Nicea* no se reduce a un vestigio del pasado, sino que continúa ofreciendo a la Iglesia un horizonte siempre abierto de crecimiento en la comprensión de la fe y en la vivencia de su misión.

Dejando de lado las intenciones políticas de Constantino y su visión sobre la unidad del Imperio, el verdadero centro del Concilio de Nicea es el símbolo de la fe que allí se formula, como expresión de la fe trinitaria revelada en la Pascua de Jesús (Pikaza, 2005, p. 98). Nicea no inventa esta fe, sino que, en continuidad con la confesión bautismal de las primeras comunidades cristianas, la proclama y la custodia frente a las desviaciones doctrinales de su tiempo. En este sentido, el *Símbolo de Nicea* constituye el cimiento de la unidad eclesial y la base de su misión evangelizadora. Esta es precisamente la función que el papa Francisco reconoció en los sínodos: “custodiar la unidad del Pueblo de Dios y el anuncio fiel del Evangelio” (SnC 17).

Esta fe trinitaria, formulada en los símbolos antiguos y transmitida de generación en generación, ha perdurado a lo largo de los siglos, aunque siempre ha requerido ser reinterpretada y actualizada en diálogo con los desafíos de cada época. De este modo, la profesión trinitaria sigue siendo una constante que da identidad y fortaleza a la misión cristiana en todos los tiempos.

En esta perspectiva dinámica de la tradición como fuego vivo, el Concilio de Nicea representa precisamente un momento en que la Iglesia, guiada por el Espíritu, se esfuerza por custodiar la fe recibida de los apóstoles frente a las tensiones y desviaciones de su tiempo. Este esfuerzo se concretó en la defensa de la confesión trinitaria frente al arrianismo, una corriente que, al poner en duda la plena divinidad del Hijo, amenazaba con apagar el fuego vivo del Evangelio, reduciéndolo a cenizas doctrinales que comprometían la comprensión cristiana de la salvación. A continuación, se presenta el trasfondo de esta controversia.

1.2.3 El arrianismo

El arrianismo, doctrina trinitaria propuesta por Arrio y sus seguidores, no surgió de manera repentina en el siglo IV, sino como resultado de un proceso teológico influenciado por interpretaciones bíblicas gnósticas y especulaciones de la tradición alejandrina, en un intento por comprender la figura de Jesús en contextos judíos y paganos.⁵

Al sostener que el Hijo era una criatura subordinada y no coeterna con el Padre, el arrianismo provocó un profundo cisma en la Iglesia de la época. La controversia no solo tuvo implicaciones teológicas, sino también eclesiásticas y políticas, ya que distintas facciones dentro del cristianismo primitivo adoptaron posturas enfrentadas.

Mientras que Arrio y sus seguidores defendían una interpretación subordinacionista estricta basada en la exégesis bíblica y la tradición filosófica helenística (Bastero de Elizalde, 1986, p. 685; Tück, 2024, p. 26), sus opositores, liderados por figuras como Atanasio de Alejandría, argumentaban que el Hijo debía ser considerado consustancial con el Padre para preservar la doctrina cristiana de la salvación. La cuestión central giraba en torno a si Cristo, al ser engendrado, podía ser considerado plenamente divino o si su generación implicaba una naturaleza inferior y creada (Tück, 2024, p. 27). Concretamente, la cristología arriana se basa en el esquema cosmológico del platonismo medio, influenciado por Plotino y Porfirio, que distingue tres niveles: 1) el Uno divino, trascendente y sin relación; 2) el Demiurgo o segundo Dios, principio mediador; y 3) la diversidad del ser material (Tück, 2024, p. 26). Según la interpretación que expone Bastero de Elizalde (1986, p. 691), no hay más que un solo Dios inengendrado y eterno; el Hijo, en cambio, es presentado como una criatura creada de la nada: perfecta, pero no eterna, ya que hubo un tiempo en que no existió. El *Logos*, denominado Hijo de Dios, aparece como un mediador subordinado, que crece en gracia y llega a hacerse digno del nombre divino.

La postura se apoya en textos bíblicos como Proverbios 8,22, que habla de la creación del Hijo, y pasajes como Hebreos 1,4, Juan 14,28 y Juan 17,3, que podrían sugerir la subordinación de Jesús al Padre. Además, la humanidad de Jesús, con sufrimiento y limitaciones, refuerza la idea de su subordinación, pues el cambio y el sufrimiento son incompatibles con la perfección divina (Tück, 2024, p. 27). Los arrianos niegan la igualdad ontológica entre el Hijo y el Padre, defendiendo que el Hijo es “ontológicamente inferior” y no coeterno con el Padre. Esta visión busca proteger la unidad y trascendencia de Dios, heredadas del monoteísmo bíblico de Israel y la filosofía griega. El concepto de Dios como Padre solo

⁵ Antes de Nicea, la cristología judeo-cristiana, basada en la angelología, fue aceptada. Sin embargo, grupos como los ebionitas y arrianos la utilizaron para justificar el subordinacionismo. Aunque esta corriente tuvo presencia en la Iglesia primitiva, los concilios de Nicea y Constantinopla la marginaron. El arrianismo es uno de los desarrollos doctrinales que desafió la ortodoxia en la antigüedad. Otras desviaciones trinitario-cristológicas incluyen: 1) el modalismo (sabelianismo), que negaba la Trinidad al concebir a Dios como una sola persona en diferentes modos; 2) el semiarianismo, que negaba la divinidad de Jesucristo y defendía su semejanza con el Padre; 3) el maniqueísmo, que fusionaba el dualismo creacional persa, la antropología platónica y una mitología pseudocristiana, negando un cuerpo real a Jesucristo (Álvarez Gómez, 2001).

puede entenderse de manera metafórica, ya que si el Hijo no es coeterno, Dios no puede ser considerado un verdadero Padre (Tück, 2024, p. 27). Este intento de adaptar la creencia cristiana sobre Jesucristo al esquema conceptual del platonismo medio traslada la narrativa evangélica y los himnos a un contexto griego sin la transformación necesaria. De esta forma, su doctrina representa una helenización del dogma cristiano, cuestionando las afirmaciones del Nuevo Testamento sobre la divinidad del Hijo.

Aunque el Concilio de Nicea condenó el arrianismo, la herejía no desapareció de inmediato. Como señala Tück (2024, p. 27), esta doctrina continuó ejerciendo una notable influencia tanto en la política como en la teología cristianas, especialmente en el Imperio Romano de Oriente y entre los pueblos germánicos que adoptaron el cristianismo en su forma arriana.

En definitiva, el arrianismo puso en evidencia la necesidad de precisar con rigor el lenguaje teológico sobre la identidad de Cristo, especialmente en lo que respecta a su relación con el Padre. Su rechazo de la plena divinidad del Hijo obligó a la Iglesia a responder con una formulación doctrinal clara y vinculante, que salvaguardara tanto la unicidad de Dios como la verdad salvífica de la encarnación. Esta respuesta culminará en el Concilio de Nicea con la redacción del símbolo niceno, donde la afirmación del *homoousios* (consustancialidad) del Hijo con el Padre no solo refuta las tesis arrianas, sino que inaugura una nueva etapa en el desarrollo del pensamiento cristológico y trinitario. A esta definición doctrinal clave dedicaremos el próximo apartado.

1.2.4 El Símbolo de Nicea

El primer Concilio de Nicea representó un momento crucial en la consolidación de la fe ortodoxa cristiana y en la definición de la doctrina trinitaria. Su principal objetivo fue garantizar la verdadera divinidad de Jesucristo frente a las negaciones arrianas, lo que influyó en la formulación dogmática adoptada. Aunque el contexto político del concilio influyó en su convocatoria y en sus consecuencias jurídicas, como muestra la condena y el destierro de Arrio por decisión imperial (Hünermann, 2014, p. 74), el núcleo del debate fue de carácter eminentemente soteriológico. La preocupación de los padres conciliares no se centraba en la especulación filosófica, sino en la confesión de fe, con una finalidad salvífica: si Jesucristo no era verdaderamente el Hijo de Dios, la salvación quedaba en entredicho. Como subraya González (1987, p. 333-335), la recta doctrina de la salvación es inseparable de la fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, único Salvador, tal como proclamó el concilio de Nicea.

Alejandro de Alejandría se opuso firmemente a la visión de Arrio, defendiendo la consustancialidad del Hijo con el Padre y argumentando que el Hijo es eterno y comparte la misma naturaleza divina. Esta doctrina preparó el terreno para la formulación dogmática que el Concilio de Nicea adoptó. Así, la posición arriana fue rechazada en favor de la doctrina del

Nicea desde una perspectiva misionológica

homoousios, que afirmaba la consustancialidad del Hijo con el Padre. La fórmula nicena, impulsada principalmente por Atanasio, buscó zanjar el debate mediante la afirmación: “Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consustancial con el Padre” (Bastero de Elizalde, 1986, p. 687). Esta declaración no solo refutaba la tesis arriana, sino que también establecía un marco teológico que definiría la ortodoxia cristiana en los siglos siguientes.

El Concilio de Nicea introdujo precisiones cristológicas, asegurando que el Hijo procede “de la sustancia del Padre”, lo que reafirmaba su filiación divina y eliminaba cualquier ambigüedad. Para fortalecer esta verdad, se utilizó el término *homoousios*, evitando interpretaciones subordinacionistas. Expresiones como “Dios de Dios, luz de luz” subrayaban la igualdad plena entre Padre e Hijo, mientras que la distinción entre “engendrado” y “creado”, inspirada por Orígenes, reforzaba la coeternidad del Hijo con el Padre. El concilio también abordó la cuestión del Espíritu Santo, aunque de manera limitada, proclamando su fe en Él sin mayores desarrollos teológicos. Posteriormente, el Concilio de Constantinopla I (381) profundizó en la pneumatología y completó la configuración de la doctrina trinitaria.

La afirmación de la consustancialidad del Hijo no solo resolvía un problema doctrinal puntual, sino que implicaba una verdadera redefinición de la concepción cristiana de Dios. Frente a la tentación de subordinar la fe a categorías filosóficas ajena, como lo había intentado Arrio al aplicar esquemas neoplatónicos que diluían la divinidad del Hijo, el Concilio de Nicea optó por salvaguardar la confesión cristiana en términos fieles a la revelación pascual (González, 1987, p. 324-325). Para ello adoptó el término *homoousios*, expresión que, lejos de ser una helenización, buscaba afirmar la verdadera divinidad del Hijo en comunión con el Padre (Pikaza, 2005, p. 98-100). No obstante, este término, cargado de ambigüedad, abrió nuevos debates sobre la distinción entre *ousía* e *hypóstasis*, que se prolongarían en los concilios posteriores.

A pesar de estas clarificaciones, el uso del lenguaje filosófico tuvo consecuencias. La teología bíblica de la encarnación y la pasión de Cristo fue en parte eclipsada por una concepción de Dios inmutable e impasible. Esto llevó a la necesidad de nuevas reinterpretaciones, especialmente en torno a la kénosis y el sufrimiento de Dios (Kasper, 1990, p. 213). El papa Francisco destacó que los intensos debates de los padres conciliares fueron guiados por la gracia del Espíritu y dieron como fruto la formulación del símbolo de la fe, que aún hoy se proclama en la celebración eucarística dominical. La conmemoración de Nicea invita a los cristianos a alabar y agradecer a la Santísima Trinidad, profundizando en el misterio de amor revelado y constituye un llamado a la unidad entre iglesias y comunidades eclesiales, impulsándolas a buscar caminos de comunión. Así, se responde al deseo de Jesús expresado en su oración: “que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Jn 17,21) (SnC 17).

La proclamación del *homoousios* como expresión de la consustancialidad del Hijo con el Padre no solo cerró la puerta a las tesis subordinacionistas, sino que inauguró un nuevo lenguaje teológico capaz de sostener, con fidelidad evangélica y precisión filosófica, la plena

divinidad de Cristo. Este gesto doctrinal, audaz para su tiempo y decisivo para la tradición cristiana posterior, revela la dimensión performativa del concilio como espacio de discernimiento y de comunión en torno al misterio revelado. Pero la tarea de Nicea no se limitó al plano dogmático: también abordó aspectos de la vida eclesial y litúrgica que requerían unificación, como la determinación común de la fecha de la Pascua. Este aspecto ha vuelto a cobrar actualidad, pues ha sido expresamente mencionado por el papa Francisco en la bula de convocatoria al Jubileo 2025 (SnC 17) como un signo deseado de unidad entre los cristianos. Este será, precisamente, el tema del próximo apartado.

1.2.5 La fecha de la Pascua

Aunque menos debatida que las cuestiones doctrinales, la determinación común de la fecha de la Pascua posee un significado eclesial profundo. Más allá de la unificación litúrgica, este tema toca el corazón de la misión de la Iglesia: dar testimonio de unidad en torno al acontecimiento central de la fe cristiana. Retomar hoy esta cuestión, como lo hizo el papa Francisco en el contexto del Jubileo 2025, representa un signo concreto del deseo de reconciliación entre las iglesias y una contribución pastoral significativa en clave ecuménica. Se trata, sin duda, de un aspecto del que la misionología actual no puede desentenderse.

Antes del Concilio de Nicea, la fecha de la Pascua no estaba unificada en toda la cristiandad. Diferentes comunidades cristianas celebraban el misterio central del cristianismo en días distintos, algunas siguiendo el cálculo judío basado en el calendario lunar hebreo, y otras adoptando métodos propios. Esta disparidad provocaba divisiones en la práctica cristiana y ponía en duda la unidad visible de la Iglesia, lo que también afectaba la cohesión del Imperio Romano. En este contexto, el interés de Constantino por unificar la fecha de la Pascua no solo respondía a una preocupación religiosa, sino que estaba estrechamente vinculado a su ambición política de consolidar un imperio cristiano homogéneo, unificando no solo la fe, sino también las prácticas litúrgicas en un símbolo de unidad.

El Concilio de Nicea resolvió este desacuerdo al establecer que la Pascua se celebraría el domingo siguiente al 14 de nisán, es decir, después de la primera luna llena posterior al equinoccio de primavera, de modo que no coincidiera con la Pascua judía. Con esta decisión, la fecha de la Pascua no solo quedó asociada al ciclo lunar, sino que también se vinculó al domingo, otorgándole un carácter cristiano distintivo.

Tal como argumenta Tück (2024, p. 23), el desacoplamiento entre la celebración cristiana de la Pascua y el *Pesaj* judío no solo produjo una desconexión litúrgica entre ambas festividades, sino que evidenció un progresivo distanciamiento de la Iglesia respecto de sus raíces israelitas. No obstante, Lomonaco (2025) matiza que esta decisión conciliar no debe interpretarse como una expresión de antisemitismo, sino como una respuesta a las dificultades

prácticas surgidas tras la destrucción de Jerusalén, que impedían calcular con precisión la fecha del *Pesaj*.⁶

Por ello, la unificación de la Pascua no es solo un tema histórico, sino una clave de lectura contemporánea del espíritu de Nicea, cuya vocación profunda fue la de salvaguardar la fe apostólica en comunión. En un mundo fragmentado y en una Iglesia llamada a renovarse en clave sinodal y misionera, este gesto de unidad litúrgica se presenta como una oportunidad concreta para testimoniar el Evangelio con mayor credibilidad. Así, la reflexión sobre la fecha pascual abre el horizonte hacia una recepción viva del concilio, que no se limita a su valor doctrinal, sino que se proyecta como una auténtica invitación a la unidad y la misión en el presente.⁷

2 LA ACTUALIDAD DEL CONCILIO DE NICEA: UNA INVITACIÓN A LA UNIDAD Y LA MISIÓN

La reflexión sobre la fecha de la Pascua y su potencial unificador nos conduce a considerar cómo el legado del Concilio de Nicea sigue interpelando a la Iglesia de hoy. En un contexto marcado por desafíos ecuménicos y misioneros, la actualidad de Nicea se manifiesta en la búsqueda de una unidad que no solo sea doctrinal, sino también celebrativa y pastoral, capaz de renovar la misión evangelizadora en el mundo contemporáneo.

La misión ocupa un lugar central en la vida e identidad de la comunidad eclesial. Pablo VI la definió como “la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (EN 14). En este sentido, su historia está intrínsecamente ligada a la del cristianismo, ya que refleja la acción de la Iglesia y su relación con la humanidad. Como señalan Bevans y Schroeder, “la historia cristiana es el relato de la Iglesia en misión” (2009, p. 44).⁸ De hecho, los escritos del Nuevo Testamento pueden considerarse textos misioneros, “porque nacieron de la experiencia del anuncio del Evangelio” (Marina, 2008, p. 27). Aunque la misión ha sido inherente a la fe cristiana desde sus orígenes, su conceptualización teológica ha evolucionado a lo largo de los

⁶ *Pesaj* (palabra hebrea que significa “paso” o “salto”) es la festividad judía que conmemora la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto, tal como se narra en el libro del Éxodo (Ex 12). Se celebra cada primavera durante siete u ocho días, según la tradición, y es una de las tres grandes fiestas de peregrinación del judaísmo. Su rito central es la cena pascual (*séder*), en la que se evocan los signos de la liberación (Andrevon, 2002, p. 103).

⁷ En este contexto, el papa Francisco (2022), en su carta apostólica *Desiderio desideravi*, destaca que la liturgia no solo es objeto de formación, sino también agente formativo: “Creo que podemos distinguir dos aspectos: la formación para la liturgia y la formación desde la liturgia. El primero está en función del segundo, que es esencial” (DD 34). La celebración común de la Pascua, por tanto, no solo fortalecería la unidad visible entre las iglesias, sino que también serviría como un medio eficaz de formación litúrgica del pueblo de Dios, educando en la comunión y en la vivencia del misterio pascual.

⁸ En los primeros siglos del cristianismo, el término “misión” no se utilizaba, ni existía una teología sistemática al respecto. Fue apenas hace poco más de un siglo cuando surgieron la teología de la misión y la misionología como disciplinas específicas (Esquerda Bifet, 2008, p. 65).

siglos.⁹ Aunque el término “misión” surgió tardíamente, su presencia en la vida de la Iglesia es innegable desde sus orígenes.

Para comprender el impacto de Nicea en la misión eclesial, a continuación, analizaremos su desarrollo en el contexto de la cristiandad constantiniana. Más allá de las palabras, las formulaciones teológicas e incluso sus limitaciones, errores y pecados, lo esencial es el contenido: la realidad de la revelación, confiada a frágiles vasijas de barro (2Co 4,7).

2.1 La misión en la cristiandad constantiniana

La misión de la Iglesia en el Nuevo Testamento y en los siglos II y III fue universal, comunitaria, centrada en el testimonio de vida como elemento clave y en la proclamación del *kerygma*.¹⁰ Surgía del bautismo como un impulso y un compromiso misionero, dirigido tanto a hombres como a mujeres. Se extendía a través de predicadores itinerantes y laicos, con una expansión basada en relaciones personales y comerciales, principalmente en las ciudades del Imperio romano, aunque también alcanzó diversas culturas más allá de él.

Con el Edicto de Milán en 313 y la proclamación del cristianismo como religión oficial en 392, la misión cristiana experimentó un cambio paradigmático, pasando de ser una actividad marginal para convertirse en un esfuerzo estrechamente vinculado al poder político. La misión se centró en las ciudades, mientras que en los pueblos rurales continuaron predominando las religiones tradicionales.

Los monjes tomaron el protagonismo, reemplazando a los predicadores itinerantes, y se centraron en evangelizar a los líderes, lo que resultó en conversiones masivas, muchas veces forzadas. La conversión de los líderes fue clave para la cristianización de los pueblos. Sin embargo, este proceso generó tensiones entre el poder religioso y el político, afectando negativamente la calidad del testimonio cristiano, especialmente debido a la intolerancia religiosa y a la falta de diálogo interreligioso (Esquerda Bifet, 2008, p. 316)

En este contexto, la alianza entre el Estado y la Iglesia hizo que la misión adquiriera también un carácter colonial, basado en la conversión de las élites locales como estrategia para cristianizar a la población. Este modelo se proyectó en la conquista y evangelización de América, con el objetivo de implantar la sociedad cristiana europea y reproducir sus estructuras

⁹ La misionología emplea una terminología específica como “misión” y “evangelización”, conceptos análogos que reflejan la acción de enviar y anunciar el Evangelio. Aunque estos términos no aparecen como sustantivos en los textos bíblicos, se introdujeron en el siglo XVI con San Ignacio de Loyola y adquirieron relevancia teológica en el siglo XIX. Lo esencial es que estos términos expresan la respuesta de la revelación a la realidad humana y sociológica (Esquerda Bifet, 2008, p. 65).

¹⁰ *Kerygma* (del griego κήρυγμα, “proclamación” o “anuncio solemne”) es el anuncio público y esencial de la salvación realizada por Dios en Jesucristo muerto y resucitado, núcleo de la predicación apostólica y de toda evangelización, que invita a la conversión y la fe (Léon-Dufour, 1999, p. 678). No se trata de una noticia neutra, sino del anuncio solemne de la victoria de Cristo sobre la muerte, que transforma el presente en un tiempo de salvación. Este anuncio se expresa en fórmulas como “Dios ha resucitado a Jesús” (1Tes 1,10; 1Cor 15,4-5), y se desarrolla en los relatos pascuales y en las reflexiones apostólicas. La tradición sostiene que este misterio solo puede ser reconocido desde la fe y el testimonio de los primeros testigos (Beinert, 1990, p. 604-606).

Nicea desde una perspectiva misionológica

de poder, incluidas las eclesiásticas. Así se consolidó un modelo misional de carácter colonizador, fundamentado en la llamada “doctrina del descubrimiento”, una práctica que la Iglesia reconoce hoy como un error.

En la nota conjunta de dos dicasterios vaticanos emitida el 30 de marzo de 2023, se reconocen estos errores históricos y se rechaza explícitamente la “doctrina del descubrimiento”, aclarando que no forma parte de la enseñanza de la Iglesia y que fue manipulada para justificar abusos coloniales respaldados por documentos papales. En efecto, en el contexto del Renacimiento tardío, la bula *Dum diversas* (1452) del papa Nicolás V otorgó a Portugal el derecho de conquistar, someter y esclavizar a los pueblos no cristianos en África, sentando las bases de la trata transatlántica de esclavos. *Romanus pontifex* (1455), emitida por el mismo pontífice, amplió estos privilegios, concediendo a Portugal derechos exclusivos sobre las tierras al sur de Marruecos, legitimando la explotación económica y la conversión forzada. Finalmente, *Inter caetera* (1493), del papa Alejandro VI, trazó una línea divisoria en el Atlántico para repartir territorios entre España y Portugal, impulsando la colonización de América y la evangelización de sus habitantes (Dicasterio para la Cultura y la Educación; Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, 2023).

Superar este legado colonial y redescubrir una misión verdaderamente evangélica es uno de los grandes desafíos que enfrenta hoy la Iglesia. En este horizonte se inscribe la propuesta misionera del papa Francisco, que, en continuidad con el Concilio Vaticano II, llama a dejar atrás los modelos de cristiandad imperial y a asumir una misión en salida, dialogal y servicial, al servicio de la justicia y la paz. A continuación, se analiza cómo esta visión puede orientar la misión cristiana en el contexto actual.

2.2 La misión cristiana en la actualidad: desafíos y transformaciones

En la actualidad, la humanidad enfrenta desafíos sin precedentes, mientras la cristiandad constantiniana se desintegra y Occidente pierde su dominio, recibiendo críticas por su legado imperialista y colonial. La geopolítica ha evolucionado hacia una multipolaridad, y los movimientos sociales y ecológicos desafían las viejas estructuras de poder. Al mismo tiempo, el cristianismo debe replantear su misión en un mundo marcado por la diversidad religiosa y la interdependencia global. Aunque la crisis es profunda, en los márgenes y entre los escombros de un mundo que se desmorona, aún es posible reconocer signos de esperanza. Uno de ellos es el magisterio del papa Francisco quien ha ofrecido cruciales orientaciones para la misión de la Iglesia hoy.

En respuesta a los desafíos contemporáneos, el pontificado de Francisco, en continuidad con el Concilio Vaticano II, impulsó una transformación misionera de la Iglesia, haciéndola más abierta al diálogo, centrada en la misericordia y cercana a los más vulnerables.

El papa Bergoglio promovió una evangelización inclusiva, con mayor protagonismo del laicado y de las mujeres, una colegialidad episcopal activa y un estilo sinodal enraizado en el

sentido de la fe del pueblo de Dios, comprometido con su misión. Su magisterio reforzó el compromiso con la justicia social, el respeto por la diversidad cultural y la defensa del medio ambiente.

Además, fomentó una Iglesia “en salida” (EG 20-24), abandonando el triunfalismo para ser un testimonio auténtico de servicio y paz global. Documentos clave como *Evangelii gaudium*, *Laudato si'*, *Querida Amazonia* y *Fratelli tutti*, entre otros, presentaron una visión transformadora sobre el modo de vivir y actuar en el mundo. Con la constitución apostólica *Praedicate Evangelium*, Francisco reformó la curia romana, situando la misión evangelizadora en el centro de sus funciones, siguiendo el espíritu conciliar, una orientación que el papa León XIV en varias oportunidades ha confirmado y profundizado en clave sinodal y misionera.

2.3 La relevancia de Nicea para la misión cristiana actual

La conmemoración del Concilio de Nicea está estrechamente ligada a la evangelización, pues refuerza la coherencia, autenticidad y comunión en la transmisión del mensaje cristiano, facilitando su proclamación y testimonio en el mundo. Su relevancia hoy se refleja en la bula de convocatoria al jubileo, resaltando cuatro aspectos clave: la fidelidad a la Fe, el camino hacia la unidad cristiana, la determinación de la fecha de la Pascua y la forma sinodal de la Iglesia.

2.3.1 El símbolo de la fe

En el siglo IV, la negación de la plena divinidad de Jesucristo fue vista por Constantino como una amenaza para la unidad del Imperio Romano. Sin embargo, desde la perspectiva de los padres conciliares, la verdadera amenaza recaía sobre la unidad de la Iglesia cristiana. “Tras diversos debates, todos ellos guiados por la gracia del Espíritu, se unieron en el símbolo de la fe que aún hoy profesamos en la celebración eucarística dominical” (SnC 17). Esta confesión comenzaba con la palabra “creemos”, un testimonio claro de la comunión y unidad de todos los cristianos en una misma fe.

En una breve alocución dirigida a jóvenes sacerdotes y monjes de las iglesias ortodoxas orientales en febrero de 2025, el papa Francisco destacó tres dimensiones que subrayan el valor ecuménico del *Símbolo de Nicea*. En primer lugar, señaló su dimensión teológica, ya que expresa las principales verdades de la fe cristiana y expone, de manera breve, “innegable e incomparable”, el misterio de nuestra salvación. En segundo lugar, resaltó su sentido eclesiológico, ya que no solo expresa verdades, sino que también une a los creyentes. Cada persona posee la fe como un “símbolo” que se completa junto a los demás, subrayando así la necesidad de la comunidad para confesarla plenamente. Finalmente, el credo es una oración de alabanza que nos une a Dios y entre los cristianos, al proclamar una misma fe. Por ello, la liturgia oriental antes de recitarlo, invita con estas palabras: “amémonos unos a otros, para que en unidad de espíritu profesemos nuestra fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo” (Francisco, 2025).

2.3.2 La unidad cristiana

Nicea también representa un llamado permanente a la búsqueda de la unidad visible entre las iglesias y comunidades eclesiales, en respuesta al deseo de Jesús: “que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Jn 17,21). La división entre los cristianos debilita el testimonio del Evangelio, mientras que la unidad lo fortalece y lo hace más creíble. Esta búsqueda no solo responde al mandato de Cristo, sino que también constituye un testimonio poderoso para quienes aún no conocen el Evangelio, facilitando su acogida y comprensión.

En *Evangelii gaudium*, Francisco expresó que “la evangelización [...] implica un camino de diálogo”, algo urgente ante el escándalo de la división entre los cristianos, que provoca críticas y burlas. Enfocarse en lo que nos une y respetar el principio de la jerarquía de verdades nos permite avanzar hacia un anuncio común. Esto no es solo una cuestión de diplomacia, sino un itinerario necesario para lograr esta proclamación unida. El diálogo con otros cristianos, como los ortodoxos, nos permite aprender y crecer en la fe, enriquecidos por la acción del Espíritu (EG 238, 244-246).

El diálogo ecuménico es parte del camino hacia la unidad de la familia humana (EG 245), de la cual la Iglesia es, en Cristo, signo e instrumento (*Lumen gentium*). Sin embargo, “el testimonio más convincente nos lo ofrecen los mártires, que, firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor”. Los mártires, “pertenecientes a las diversas tradiciones cristianas, son también semillas de unidad, ya que expresan el ecumenismo de la sangre” (SnC 20). “Sean católicos, ortodoxos, coptos o luteranos, no importa: ¡son cristianos! Y la sangre es la misma. Esta sangre confiesa a Cristo” (Francisco, 2015b).¹¹

2.3.3 La búsqueda de una fecha pascual común

Durante el Concilio de Nicea en 325, se abordó la controversia sobre la fecha de la Pascua, como lo hemos señalado anteriormente. La Iglesia de Roma celebraba la Pascua el domingo posterior al 14 de nisán, mientras que las iglesias de Asia la celebraban el mismo día que la Pascua judía, el 14 de nisán. Esta discrepancia surgía debido a que Roma seguía el calendario solar y las iglesias orientales el lunar. El concilio decidió que la Pascua se celebrara el domingo siguiente al plenilunio posterior al equinoccio de primavera, lo que sigue generando división debido al uso de los calendarios gregoriano y juliano.

¹¹ Los mártires, muy numerosos en nuestro tiempo, son un tesoro que las comunidades cristianas de todas las denominaciones deben preservar. Hoy, muchos siguen demostrando su fe incluso en situaciones de gran peligro, ya sea participando en la eucaristía o ayudando a los más necesitados, llegando a ser asesinados por su caridad. Otros sufren en silencio, víctimas de las turbulencias de la historia. Con este espíritu ecuménico y como preparación para el Jubileo de 2025, que nos reunirá como *Peregrinos de esperanza*, el papa Francisco ha constituido en el Dicasterio de las Causas de los Santos la Comisión de los Nuevos Mártires – Testigos de la Fe. El objetivo es elaborar un catálogo que incluya a todos los que, perteneciendo a diversas confesiones cristianas, han derramado su sangre por confesar a Cristo y testimoniar su Evangelio, como “testigos de la esperanza que deriva de la fe en Cristo e impulsa a la verdadera caridad” (Francisco, 2023).

En 2025, ambos calendarios coincidirán y la Pascua será celebrada el 20 de abril por todas las iglesias, ofreciendo una oportunidad única para avanzar hacia una fecha pascual común. La unificación de esta fecha no solo fortalecería la unidad entre los cristianos, superando divisiones históricas, sino que también reafirmaría el corazón de la misión de la Iglesia: testimoniar la resurrección de Cristo como el fundamento de la fe cristiana. Celebrar juntos la Pascua subraya la victoria de Cristo sobre la muerte, uniendo a todos los cristianos en su proclamación del mensaje de salvación y esperanza para el mundo.

2.3.4 La forma sinodal de la Iglesia

El papa Francisco reconoció en el año jubilar una oportunidad para fortalecer la sinodalidad (SnC 17), una práctica antigua y un modo de proceder dialogal arraigado en la tradición, que impulsa la corresponsabilidad de todos los bautizados en la evangelización y el testimonio de la presencia de Dios en el mundo. En este camino, Nicea brilla como un referente que inspira la senda que Dios quiere para la Iglesia de este tiempo.

La sinodalidad tiene su fundamento en el *sensus fidei* de todos los cristianos, recibido en el bautismo, lo que la convierte también en la base del ecumenismo. Este camino hacia la unidad está orientado a la renovación espiritual, la sanación de las heridas del pasado y la fraternidad en la caridad evangélica. La apertura a la comunión es clave para la misión de la Iglesia, llamada a anunciar el Evangelio en un mundo marcado por profundas divisiones y desafíos globales. La misión requiere la unidad de los cristianos y un testimonio compartido, especialmente en contextos de sufrimiento y persecución.

3 LUCES Y SOMBRA QUE PROYECTA NICEA SOBRE LA MISIÓN DE HOY

El Concilio de Nicea fundamenta su símbolo en la tradición bautismal, expresando la comunión con Dios a través de la fe trinitaria. El bautismo introduce a los creyentes en esta comunión, haciéndolos discípulos misioneros y agentes de evangelización. La proclamación nicena, en contraste con la visión platónica de un Dios distante, reafirma una comunión de iguales en la Trinidad mediante el término *homoousios*. Aunque la postura arriana pudo ser políticamente conveniente para los intereses imperiales, Nicea defendió la consubstancialidad entre el Padre y el Hijo, destacando la igualdad y fraternidad en Dios. Esta confesión trinitaria, fundamento de la sinodalidad eclesial, establece que Dios es diálogo de amor, que la identidad humana surge de esta relación y que Cristo vincula a la humanidad con Dios en un encuentro de amor compartido.

El símbolo del Concilio de Nicea se vincula a la tradición bautismal y a la profesión de fe trinitaria, expresando el “nuevo nacimiento” de los creyentes como hijos de Dios llenos del Espíritu (Pikaza, 2005, p. 97) Este acto se realiza en el bautismo, mediante la triple inmersión en el agua, que refleja la comunión con Dios a través de la Trinidad. Todos los bautizados, sin

Nicea desde una perspectiva misionológica

importar su función o grado de fe, son agentes evangelizadores por su experiencia del amor de Dios (EG 120). La misión de la Iglesia se enraíza en la Trinidad y se concreta en el pueblo de Dios, enviado a evangelizar con y en Cristo (EG 11-12). El misterio trinitario destaca que fuimos creados a imagen de esa comunión divina, lo cual implica que no podemos salvarnos solos (EG 178).

La formulación de Nicea se origina en el *sensus fidei* del pueblo de Dios, el cual, por la unción del Espíritu Santo, reconoció las ideas arrianas como una deformación de la revelación trinitaria de la Pascua de Jesús (EG 119). Nicea proclamó que Dios no es distante, y que Jesús no es un simple mortal enviado para sufrir, sino que el misterio trinitario revela una comunión de iguales, representada por el término *homoousios*. Aunque el arrianismo habría sido políticamente más conveniente para Constantino, los padres de Nicea se mantuvieron fieles al Evangelio. Si bien más tarde surgieron distorsiones debido a la alianza Iglesia-Estado, Nicea consolidó la confesión trinitaria como fuente y garantía divina (Pikaza, 2005, p. 99-100).

Durante el siglo XX, surgió en las iglesias cristianas una visión de la misión como participación en la *missio Dei*, la misión del Dios Uno y Trino (Bevans; Schroeder, 2009). El Concilio Vaticano II superó una eclesiología institucionalista, presentando a la Iglesia como misterio y comunión divina (*Ecclesia de Trinitate*). Como explican Bevans y Schroeder (2009, p. 491-495), antes la misión se centraba en la salvación individual; ahora, fundamentada en la teología de la Trinidad, se entiende como participación en la obra del Hijo y del Espíritu Santo, reflejando el amor y compromiso de Dios con el mundo.

A pesar de que Nicea fue clave para la afirmación de la fe trinitaria, su defensa del monoteísmo también legitimó estructuras políticas, fomentando un modelo cesaropapista que vinculaba la unidad religiosa con el dominio imperial (Greshake, 2001, p. 549-550). Los teólogos, por su parte, se centraron en una reflexión esencialista, olvidando que el Hijo es “verdadero Dios y verdadero hombre”, encarnado en una historia humana concreta. Así, la cristología relegó la historicidad que fundamenta el seguimiento de Jesús en las diversas épocas y su entrega al Reino de Dios, expresada a través de una predicación cercana a los más pequeños, realizada con “hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí” (DV 2), asignándole a Jesucristo una figura imperial.

En contraste, una actualizada teología trinitaria enfatiza la diversidad, la alteridad y la comunidad sobre la centralización y la autosuficiencia (Greshake, 2001, p. 557). En la situación actual, se diluyen las alianzas entre la Iglesia y el Estado. Sin embargo, la Iglesia conserva un papel público en la promoción del bien común y la fraternidad humana. Lejos de aspirar a un poder terrenal, se enfoca en fomentar la esperanza, el servicio y la reconciliación. Su misión trasciende lo privado, acompañando la vida y el desarrollo integral de las personas (FT 276).

Algunos pensadores liberales han acusado a los concilios de la Iglesia antigua de haber adaptado la fe cristiana a la filosofía griega, pero esto es precisamente lo que promovía la herejía arriana al rechazar una norma de fe y permitir interpretaciones subjetivas de la

revelación. El Concilio de Nicea, en cambio, no especuló, sino que defendió la tradición y precisó la fe ante Arrio. Aunque utilizó un lenguaje filosófico, no alteró el mensaje cristiano. La confesión de la divinidad de Cristo, ya presente en el Nuevo Testamento, fue reinterpretada en términos abstractos, lo que llevó a una tensión entre teología narrativa y conceptualización filosófica. En este sentido, varios teólogos contemporáneos insisten en la necesidad de recuperar la dimensión experiencial y narrativa de la fe, especialmente en contextos de sufrimiento.

La relación entre misión y culturas es fundamental para la misión contemporánea, especialmente a través de la inculuración, que se compara teológicamente con la encarnación. Este proceso ha permitido que el mensaje de Cristo se adapte y florezca en diferentes contextos, desechando visiones uniformes de la fe. Según Kasper (1990, p. 215), precisamente “porque los dogmas son verdaderos necesitan ser reinterpretados constantemente”.

En el siglo XX, diversos grupos cristianos han logrado vislumbrar nuevas perspectivas del Dios vivo en respuesta a situaciones históricas particulares. Estas visiones no se han limitado a comunidades locales, sino que han sido compartidas como un don y desafío para toda la Iglesia. No se trata de descubrir un Dios diferente, sino de buscar la presencia activa del Espíritu en medio de circunstancias inusuales. Estas ideas emergentes sobre quién es Dios y cómo actúa han ampliado la comprensión de la fe y la acción cristiana (Johnson, 2008, p. 18).

La teología de la liberación, por ejemplo, enfatiza la encarnación como solidaridad con los oprimidos, mientras que las teologías feministas han cuestionado el lenguaje patriarcal y han propuesto una cristología relacional. Por otro lado, la teología negra y la postcolonial han subrayado la identificación de Cristo con los marginados, del mismo modo que las teologías indígenas han dialogado con la fe de la Iglesia desde sus propias cosmovisiones.

Todas estas perspectivas, y muchas otras más, lejos de rechazar el dogma, lo releen en clave contextual, enriquecen la comprensión del misterio de Dios y promueven el encuentro entre los seres humanos. Como solía decir Francisco, la diversidad no amenaza la unidad de la Iglesia, sino que es obra del Espíritu Santo, quien genera comunión sin uniformidad. La evangelización reconoce y celebra la riqueza de las culturas y de las experiencias y prácticas cristianas sin imponer una forma única, pues el mensaje cristiano es transcultural. Aunque algunas tradiciones han influido en su desarrollo, la fe no se identifica con ninguna en particular. Caer en la sacralización de una cultura puede derivar en fanatismo, alejando el verdadero fervor evangelizador (EG 117).

No obstante, estas reinterpretaciones teológicas contemporáneas – con su clara orientación misionera, invitan a repensar críticamente el legado del Concilio de Nicea. Si bien este representó un punto de inflexión para la unidad doctrinal cristiana, no parece haber articulado una misiología como tal. La proclamación del *homoousios* respondió a una necesidad eclesial interna, pero su formulación también acarreó una homogeneización de la fe que silenció otras voces. Así, si la “luz” de Nicea fue su afirmación clara de la fe trinitaria, su “sombra” puede reconocerse en la exclusión de la diversidad teológica y cultural.

Nicea desde una perspectiva misionológica

En contraste, las propuestas del papa Francisco, centradas en la misericordia, el diálogo y la sinodalidad, ofrecen una clave hermenéutica que ilumina aquellas sombras. Su visión misionera no se fundamenta en la uniformidad doctrinal, sino en una comunión viva que reconoce y acoge la pluralidad como fruto del Espíritu. De este modo, la misión deja de ser imposición de una verdad única, para convertirse en espacio de encuentro, escucha y transformación recíproca.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este estudio hemos buscado demostrar que el Concilio de Nicea, lejos de ser solo una referencia histórica o una herencia doctrinal estática, sigue ofreciendo hoy un fundamento vivo para la misión de las iglesias cristianas en sus diversas tradiciones. Al proclamar la fe en el Dios trinitario, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Nicea sostiene una confesión común que trasciende las divisiones eclesiales y anima a todas las iglesias a renovar su misión en el mundo.

Esta misión, en nuestro tiempo, exige responder con audacia y creatividad a desafíos urgentes como la cultura del descarte, la crisis migratoria, el colapso del sistema económico global y las múltiples guerras que fragmentan la humanidad. Frente a estos desafíos, las iglesias están llamadas a predicar y encarnar el Evangelio de Jesús en un contexto sin precedentes, construyendo caminos de fraternidad y justicia donde la mesa compartida del Reino sea una realidad para todas las personas.

Este llamado no es exclusivo de teólogos o pastores, sino que se expresa también en la fe sencilla del pueblo de Dios. Como decía doña Matilde, una mujer de un barrio popular de Cochabamba: “Diosito nos acompaña siempre” (Codina, 2013, p. 15). Esta expresión, aunque ajena a los términos técnicos del *Credo de Nicea*, testimonia una fe viva en el Dios trinitario que acompaña, sostiene y da esperanza. Las iglesias deben aprender a traducir su lenguaje teológico para que el anuncio del Evangelio llegue a todas las personas, en cada cultura y contexto, sin perder la riqueza de la tradición recibida. En este horizonte, el *Símbolo de Nicea* sigue siendo un faro de unidad y de misión, que invita a todas las iglesias cristianas a caminar juntas, en diálogo y en comunión, al servicio del Evangelio y de la humanidad.

No obstante, es preciso reconocer que el *Símbolo de Nicea*, si bien constituye una referencia luminosa que hoy nos invita a seguir profundizando en la unidad de la fe y en la vocación misionera de la Iglesia, proyecta también ciertas sombras cuando se absolutiza como una fórmula cerrada o se instrumentaliza con fines ajenos al Evangelio. La historia eclesial demuestra que, en distintos momentos, la alianza entre Iglesia y poder político se valió de la fe nicena para legitimar proyectos de hegemonía, uniformidad cultural e incluso de colonización, desfigurando así su inspiración trinitaria y su orientación misionera.

En este horizonte, los avances de la teología trinitaria y de la misionología a partir del Concilio Vaticano II ofrecen claves fundamentales para una recepción renovada del símbolo

niceno. El reconocimiento de la Iglesia como *misterio de comunión* (LG 1) y la comprensión de la misión como participación en la *missio Dei* (AG 2) han permitido superar modelos eclesiocéntricos y recuperar la centralidad del amor trinitario como fuente y forma de la misión. Desde esta perspectiva, la proclamación de la fe no puede desvincularse del testimonio de una Iglesia sinodal, dialogante y al servicio del Reino.

Así, el desafío actual no es abandonar el legado de Nicea, sino discernirlo críticamente, acogiéndolo no como un límite estático, sino como una fuente viva que invita a reactivar su dinamismo misionero en clave dialogal, intercultural y descolonizadora. Solo una praxis que abrace la diversidad como riqueza y promueva la comunión sin imposiciones podrá renovar la misión en fidelidad al Evangelio del Reino. ☸

REFERENCIAS

- ALBERIGO, Giuseppe (Ed.). **Historia de los concilios ecuménicos**. Salamanca: Sigueme, 1993.
- ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús. **Historia de la Iglesia I: Edad Antigua**. Madrid: BAC, 2001.
- ANDREVON, Thérèse. **À la découverte du judaïsme**. Toulouse: Domuni, 2002.
- BASTERO DE ELIZALDE, Juan Luis. Hermenéutica en el símbolo de fe del Concilio de Nicea. In: SIMPOSIO INTERNACIONAL DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, 7., 1986, Pamplona. **Anales**. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1986. p. 683-695.
- BEINERT, Wolfgang. **Diccionario de teología dogmática**. Barcelona: Herder, 1990.
- BEVANS, Stephen; SCHROEDER, Roger. **Teología para la misión hoy: constantes en contexto**. Estella: Verbo Divino, 2009.
- CASALDÁLIGA, Pedro; VIGIL, José María. **Espiritualidad de la liberación**. Managua: Envío, 1992.
- CHENU, Marie-Dominique. El fin de la era constantiniana. In: CHENU, Marie-Dominique. **El Evangelio en el tiempo**. Barcelona: Estela, 1966. p. 13-31.
- CODINA, Víctor. **Diosito nos acompaña siempre**. Cochabamba: Kipus, 2013.
- CONCILIO VATICANO II. Constitución dogmática *Dei verbum*: sobre la divina revelación. In: CONCILIO Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones, legislación posconciliar. Madrid: BAC, 1967. p. 159-181.
- CONCILIO VATICANO II. Constitución dogmática *Lumen gentium*: sobre la Iglesia. In: CONCILIO Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones, legislación posconciliar. Madrid: BAC, 1967. p. 648-720.
- CONCILIO VATICANO II. Constitución pastoral *Gaudium et spes*: sobre la Iglesia en el mundo actual. In: CONCILIO Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones, legislación posconciliar. Madrid: BAC, 1967. p. 159-181.

Nicea desde una perspectiva misionológica

CONCILIO VATICANO II. Declaración Dignitatis humanae: sobre la libertad religiosa. In: CONCILIO Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones, legislación posconciliar. Madrid: BAC, 1967. p. 778-804.

CONCILIO VATICANO II. Decreto Ad gentes: sobre la actividad misionera de la Iglesia. In: CONCILIO Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones, legislación posconciliar. Madrid: BAC, 1967. p. 648-720.

CONCILIO VATICANO II. Decreto Orientalium ecclesiarum: sobre las Iglesias orientales católicas. In: CONCILIO Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones, legislación posconciliar. Madrid: BAC, 1967. p. 630-647.

CONCILIO VATICANO II. Decreto Unitatis redintegratio: sobre el ecumenismo. In: CONCILIO Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones, legislación posconciliar. Madrid: BAC, 1967. p. 721-757.

DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN; DICASTERIO PARA EL SERVICIO DEL DESARROLLO HUMANO INTEGRAL, Nota conjunta sobre la “Doctrina del descubrimiento”. **Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral**, 30 mar. 2023 Disponível em: <https://www.humandevelopment.va/es/news/2023/nota-congiunta-sulla-dottrina-della-scoperta.html>. Acesso em: 20 fev. 2025.

ESQUERDA BIFET, Juan. **Misionología. evangelizar en un mundo global**. Madrid: BAC, 2008.

FRANCISCO. Exhortación apostólica Evangelii gaudium: sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. **Santa Sede**, 24 nov. 2013. Disponível em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html. Acesso em: 5 nov. 2024.

FRANCISCO. Carta encíclica Laudato si’: sobre el cuidado de la casa común. **Santa Sede**, 24 maio 2015a. Disponível em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html. Acesso em: 29 jun. 2019.

FRANCISCO. Discours du pape François au révérend John P. Chalmers, modérateur de l’Église d’Écosse (Réformée). **Santa Sede**, 16 fev. 2015b. Disponível em: https://www.vatican.va/content/francesco/fr/speeches/2015/february/documents/papa-francesco_20150216_moderatore-chiesa-scozia.html. Acesso em: 1 mar. 2025.

FRANCISCO. Discurso del santo padre Francisco: conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, **Santa Sede**, 17 out. 2015c. Disponível em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151017_50-anniversario-sinodo.html. Acesso em: 10 maio 2025.

FRANCISCO. Clausura de los trabajos de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para la región panamazónica sobre el tema “Nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral”. **Santa Sede**, 26 out. 2019. Disponível em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/october/documents/papa-francesco_20191026_chiusura-sinodo.html. Acesso em: 22 fev. 2025.

FRANCISCO. Carta encíclica Fratelli tutti: sobre la fraternidad y la amistad social. **Santa Sede**, 3 out. 2020a. Disponível em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html. Acesso em: 20 fev. 2025.

FRANCISCO. **Exhortación apostólica postsinodal “Querida Amazonía”**. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Agape Libros, 2020b.

Caminhos de Diálogo – Revista Brasileira de Diálogo Ecumênico e Inter-religioso

FRANCISCO. Carta apostólica Desiderio desideravi: sobre la formación litúrgica del pueblo de Dios. **Santa Sede**, 29 jun. 2022a. Disponible em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/20220629-lettera-ap-desiderio-desideravi.html. Acesso em: 20 fev. 2025.

FRANCISCO. Constitución apostólica Praedicate Evangelium: sobre la Curia romana y su servicio a la Iglesia en el mundo. **Santa Sede**, 19 mar. 2022b. Disponible em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_constitutions/documents/20220319-costituzione-ap-praedicate-evangelium.html. Acesso em: 20 fev. 2025.

FRANCISCO. Carta del santo padre Francisco con la que constituye la “Comisión de los Nuevos Mártires – Testigos de la Fe” en el Dicasterio de las Causas de los Santos. **Santa Sede**, 3 jul. 2023. Disponible em: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/documents/20230703-lettera-comm-nuovimartiri.html>. Acesso em: 20 fev. 2025.

FRANCISCO. Spes non confundit: bula de convocatoria del Jubileo ordinario del año 2025. **Santa Sede**, 9 mayo 2024. Disponible em: https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html. Acesso em: 20 fev. 2025.

FRANCISCO. Discurso del santo padre Francisco a los jóvenes sacerdotes y monjes de las iglesias ortodoxas orientales que participan en la visita de estudio. **Santa Sede**, 6 fev. 2025. Disponible em: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2025/february/documents/20250206-chiese-ortodosse-orientali.html>. Acesso em: 20 fev. 2025.

GONZÁLEZ, Carlos Ignacio. **El es nuestra salvación:** cristología y soteriología. Bogotá: CELAM, 1987.

GRESHAKE, Gisbert. **El Dios uno y trino:** una teología de la Trinidad. Barcelona: Herder, 2001.

HÜNERMANN, Peter. **El Vaticano II como software de la Iglesia actual.** Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2014.

JOHNSON, Elizabeth. **La búsqueda del Dios vivo:** trazar las fronteras de la teología de Dios. Santander: Sal Terrae, 2008.

KASPER, Walter. **El Dios de Jesucristo.** Salamanca: Sigueme, 1990.

KOCH, Kurt. Koch: el Concilio de Nicea, después de 1700 años, todavía habla. **Vatican News**, 18 jan. 2025. Disponible em: <https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2025-01/koch-el-concilio-de-nicea-despues-de-1700-anos.html>. Acesso em: 2 fev. 2025.

LÉON-DUFOUR, Xavier. **Vocabulario de teología bíblica.** 9. ed. Santander: Sal Terrae, 1999.

LOMONACO, Amedeo. Concilio de Nicea, fuente y dirección de la unidad. **Vatican News**, 28 fev. 2025. Disponible em: <https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2025-02/concilio-de-nicea-fuente-y-direccion-de-la-unidad.html>. Acesso em: 24 fev. 2025.

LÓPEZ, Almudena Alba. Historiografía sobre el Concilio de Nicea: el Concilio de Nicea a la luz de sus historiadores. **Anuario Historia de la Iglesia**, Pamplona, v. 32, p. 19-48, abr. 2023. Disponible em: <https://revistas.unav.edu/index.php/anuario-de-historia-iglesia/article/view/44463>. Acesso em: 23 fev. 2025.

Nicea desde una perspectiva misionológica

MARINA, Alejandro. **Misión, una nueva mirada para nuevos tiempos:** estudios del campo semántico del concepto de misión. Cochabamba: Verbo Divino; Instituto Latinoamericano de Misionología UCB, 2008.

PABLO VI. **Evangelii nuntiandi.** Buenos Aires: Paulinas, 1976.

PERRONE, Lorenzo. De Nicea (325) a Calcedonia (451). Los cuatro primeros concilios ecuménicos. Instituciones, doctrinas, procesos de recepción. In: ALBERIGO, Giuseppe (Ed.). **Historia de los concilios ecuménicos.** Salamanca: Sígueme, 1993, p. 16-103.

PIKAZA, Xabier. **Enchiridion trinitatis:** textos básicos sobre el Dios de los cristianos. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2005.

SESBOÜÉ, Bernard; WOLINSKI, Joseph. **El Dios de la salvación.** Salamanca: Secretariado Trinitario, 1995.

SUDAR, Pablo. **La persona de Jesús, el Cristo:** cristología histórica. Buenos Aires: Paulinas, 2010.

TÜCK, Jan-Heiner. “De la misma sustancia que el Padre”. ¿Cortó Nicea las raíces judías del cristianismo? **Communio Argentina**, Buenos Aires, año 31, n. 3, p. 21-36, nov. 2024.

VIGIL, José María. **Teología del pluralismo religioso:** curso sistemático de teología popular. Quito: Abya Yala, 2004.

Recebido em: 11/03/2025.

Aceito em: 03/06/2025.